

XLVI

VALPARAISO EN SU ELEMENTO

“Aquella noche había parecido no tener día siguiente. Así, junto con rayar, al fin, las primeras inciertas claridades, cuando se comprobó, ¡en fin! que todo no había zozobrado en el caos, Cristián le hizo ensillar dos caballos a Ignacio, para irse hasta el puerto, por los desfiladeros, salvando las quebradas de en-

tonces. Viaje entonces de cuatro o cinco horas, a través de inhospitalarios y solitarios parajes y paisajes sin horizonte ni mar, como malditos por las batallas entre ellos libradas, hacía apenas quince años, en la reciente guerra civil. ¿Qué iba a ver? ¿Sabría, podría regresar siquiera? Los caballos mismos, con las orejas enderezadas por tantas grietas y derrumbes, parecían pesados al alejarse de las cuadras, donde también habían ido a alojarse las personas sin albergue. Se retornaba al Portal de Belén con la mula y la vaca. ¡Que la Estrella de Pastores y Magos, guiase a los trajinantes y les marcara un seguro derrotero!” ...

Como se repiten en “Las Mil y Una Noches”, al empezar cada cuento, las palabras con que el anterior concluyera, asimismo esta nueva, segunda y última conseja sobre el terremoto del 16 de agosto de 1906, en los “Recuerdos Olvidados”, de Cristián Delande, la abre el acápite que cerró la precedente y así el lector reanuda en su memoria el encadenamiento de estos verídicos y espantables vestigios de vestigios, según hubiéralos calificado Nuestro Señor Don Quijote.

¿Qué iba a ver? Cada cual se cree el centro del mundo, hasta en las catástrofes mundiales, y las gentes de Concón no andaban lejos de creer que el temblor (nadie osó decir “terremoto”, hasta tanto no nos vino esa palabra en los cables del extranjero), no se había hecho sino para ellos. ¿Acaso la mayordoma, cuando ya el hotel y sus dependencias se habían venido al suelo, no dijo maquinalmente, a los pobres refugiados en su jardín, “no me pisen las flores”? Persiste

en esa absurda frase un afán de continuidad y como una reivindicación de la propiedad individual, dentro de la universal ruina.

Todos habían rezado, si no prosternándose, aunque fuera sin palabras, pero con el alma de hinojos, postrada y despavorida. Ahora iba Cristián a constatar si otros no habían sufrido también.

Y conforme se acercaba de Viña del Mar, la ciudad nueva, de regalo y holganza, una idea un tanto bíblica le sobrecogió a pesar suyo: ¡Sería curioso ver por tierra aunque fuera uno de esos chalets de vanidad y orgullo!

Lo que sí no pensó, ni deseó, es que pudiera llegar a verlos derrumbados todos, cual si aquella ciudad hubiese sido edificada sobre arena, precisamente como las de la Biblia y como ellas cortada a cercén y pasada a cuchillo. Desde que entraron en la Población Vergara, se dieron cuenta no quedaba nada en pie. Los arenales recuperaban su desolación y el mar su ilimitada soledad.

Todo había vuelto al polvo de donde saliera. Apenas si de un tabique todavía crujiente por milagro, pendían una teja de clérigo y un manteo. Y esa única vivienda semiflotante entre tamaños despojos, en semejante naufragio, era como una casa de muñecas vista por dentro con sus pequeñeces, tan pequeña, en verdad, y tan grotesca.

Y, desde ese punto y hora, empezó para Cristián el espectáculo y desfile de las víctimas; primero algunos cadáveres aún abandonados al borde de las carre-

teras, cubiertos con cualquier piadoso cobijo, y luego cuantos huían ajenos y mudos, con la vista puesta a lo lejos, como en una pesadilla, en carretas, carretones y carricoches, en cárruajes de lujo o de alquiler, en vehículos y cabalgaduras de todas suertes. Ninguno se lamentaba, a pesar de que muchos parecían heridos y aparecían vendados de cualquier modo. Y huían como de sí mismos, sin saber hacia dónde, de un peligro que estaba por doquier y seguía sus pasos como su propia sombra. Carrera de antemano perdida, contra la Fatalidad, para siempre irla encontrando encima, debajo, junto, delante o atrás, circundándoles en forma inevitable, invisible, pero perceptible. A todo esto, subsistían los temblores en mayor o menor grado, con menos o más intermitencia. Sacudíase la tierra como el toro de lidia al pretender zafarse banderillas o rejones. Proseguíase la corrida a muerte sin espectadores, puesto que todos eran los actores; hombres y mujeres, viejos y niños, ricos y pobres entraban en juego y arriesgaban por igual la piel. Se lograba la igualdad ante el Destino, ¡en qué forma!, aunque de antemano estuvieran señaladas las víctimas y señalados, también, quiénes llegarían a poder contar el cuento.

Y entonces el olfato empezó a percibir, no sólo el olor del fuego, sino el de la chamusquina, de la carne asada y retostada. Ya en los espacios, el humo era de una inusitada densidad, humo de grasa y aceite humanos, de sesos y riñones puestos a la parrilla de San Lorenzo, humareda de fogata de Inquisición y de Auto

de Fe. Pero aquí, seculares y eclesiásticos habían entrado por igual en la pira y en la ronda macabra.

Sin embargo, cinco minutos, el "cinco para las ocho" de la hora del temblor, evitó se doblara el número de los sacrificados. Largas colas de gente aguardaban a la entrada de cada teatro, con esa paciencia de los humildes, que han de ganarse con sacrificio hasta sus placeres. Y eso mismo les salvó. Porque, todos aquellos edificios se desplomaron, y ahí donde había reinado el Amor con la Vida y la Muerte con el Dolor, apilaron su montón de escombros.

Y todo era combustible para aquel incendio único. Conforme los sucesivos temblores iban abatiendo los muros agrietados y tumbando las ya inseguras techumbres, las llamas acrecían y había que luchar contra el Fuego, tanto como contra la Tierra, pidiéndole al aire caliginoso, pluvioso y turbulento ya, que el Agua no se sumase a los otros elementos en furia. En verdad, Valparaíso, ciudad siempre ígnea y telúrica, de ciclones y maremotos, estaba en su elemento, en sus cuatro elementos. Todos los ojos seguían volviéndose, con espanto, del lado del mar y arcaicas profecías de que había de recuperar su lecho, usurpado por el progreso, acudían a las memorias enloquecidas y como vueltas infantiles.

¿Podría creerse si se dijera que los sismos duraron un mes? ¿Que durante tres meses el sol se puso mucho antes de su hora, velado en el horizonte por el humo de los incendios? ¿Que un año más tarde, todavía humeaban los escombros?

No obstante, bajo otros aspectos, la normalidad se recuperaba desde los primeros momentos. Esa mañana misma del 17 de agosto, un tortillero recorría lo que habían sido calles, pregonando su mercancía, con un desenfado de buena ley, que no era una provocación a la mala suerte, sino una invitación a desarmarla y a restablecer la calma en el alma... Los mismos campos de Agramante, donde, sobre una solera, yacía extendida inánime una figura de mujer, la cara tapada, y con guantes amarillos...

¿Qué habría sido de los amigos de Cristián? El no reconocía ya los sitios adonde habían estado edificaciones, y ni siquiera las calles. Volvía la vista, tratando de ubicar los lugares y de identificar las gentes. Un momento vio a un amigo suyo de la infancia, Pancho Avendaño; se saludaron y, a una pregunta de Cristián, respondió el otro, que en su casa del Barón no había habido novedad... Meses después se supo que ese mismo Francisco Avendaño Hernández había perecido, la noche antes de este encuentro, con su padre, su hermana, su mujer y su hija, salvándose solamente su madre. ¿A quién había podido saludar Cristián al día siguiente, en pleno día? ¿Con quién habíalo confundido? ¿Cómo pudieron equivocarse el que le habló y él? En toda esa confusión reinaba un gran misterio.

Al pasar por lo que había sido calle de la Victoria y más o menos esquina de la que fue Las Heras, había un grupo junto a un poste. Declarada la ley marcial contra ladrones, violadores, profanadores, ruptores

de cañerías de agua, iban a fusilar en esa esquina, en esos momentos, a un chiquillo de catorce años, por haberse robado un sombrero hongo. Era ridículo y trágico. Cristián se acercó al piquete y parlamentó con el sargento. Que lo dejara ir hasta la plaza, donde estaba Gómez Carreño. El chico que iban a ajusticiar, le miró inolvidablemente, con toda la angustia de su alma puesta en sus ojos. Pero cuando su inesperado salvador volvió grupas, sonó la descarga cerrada, espantándole el caballo.

En la Plaza del Orden, hoy de Aníbal Pinto, se hacinaban mármoles y lápidas, ataúdes y hasta coronas, como en una fosa común. Erán los derrumbes del cerro donde están los cementerios. No sólo había que sepultar a los muertos recientes, sino volver a enterrar a los muertos antiguos, los fundadores, tal vez, de ese puerto, castigado por la cólera celeste, hasta la séptima generación.

Cristián no tenía hora, porque su reloj de bolsillo se había quedado colgado a su cabecera y como se hundiese el piso de su cuarto, en la pared subsistente había podido divisarle, todavía andando, puesto que marcaba la hora... Debía de ser tarde y el estado de sitio prohibía no tanto salir de la ciudad o entrar en ella después de anochecido, como circular dentro del radio urbano. Entonces buscó albergue.

Junto al muelle estaban estacionados los carros de carga de un tren y cada uno había sido convertido en un aposento. A la puerta de uno, ya adornado con una especie de cortina, una anciana muy digna, bostezaba

mirando el puerto. Allí encontró a sus amigos Pulgar y le dieron hospitalidad por esa noche. Iban a levantar una escalera como un puente levadizo, a cerrar las puertas y a quedarse mecidos por el vaivén de las oscilaciones sísmicas sobre los rieles. “¡Temblorcito, tenemos!”, había dicho en comienzos el escenógrafo español, cuyo segundo apellido era Risueño. Otro huésped suyo se extrañaba de que alguien pudiera haber sentido miedo. En ese momento, una cimbra más fuerte lo hizo ponerse en pie en el wagon y correr sin saber hacia dónde, tropezando y cayendo...

Los nervios de Cristián se habían regularizado por ensalmo. Un “agítese después de usarlo”, le había servido de remedio heroico.